

DIARIO DE CAMPO EN SU SEXTO ANIVERSARIO

Más allá de la simple efeméride, la celebración del sexto aniversario de *Diario de Campo* nos pone frente a la posibilidad de hacer un balance que, a su vez, puede verse como un ejercicio de memoria. Desde el primer momento, la publicación fue portadora de dos virtudes proverbiales del Instituto Nacional de Antropología e Historia: *la continuidad*, esa línea persistente que acompaña el sentido fundacional de las verdaderas instituciones, capacidad de cruzar sin contradicción ámbitos y temas académicos, para integrarlos en torno a una perspectiva social; en segundo lugar, la pluralidad, divisa que ha marcado la trayectoria del INAH por más de 60 años, convirtiéndolo en centro de debates fundamentales no sólo para ampliar la idea y el significado del patrimonio cultural, sino para redefinir incesantemente los contenidos de numerosos aspectos de la democracia en el mundo mexicano.

En mi intento de sortear la dificultad implícita al revisar algo que hoy me resulta sumamente entrañable, comenzaré diciendo que el *Diario* ha sido instrumento de la memoria propia, exacta radiografía del laberinto de lo humano en nuestro país y recuento puntual de acontecimientos que en poco más de un lustro han dibujado la rigurosa topografía de la investigación antropológica en México.

Es precisamente gracias a su lectura, al magnífico sobrevuelo del mapa cultural de México que *Diario de Campo* nos ofrece, que podemos apreciar los múltiples centros temáticos que hoy ocupan a los investigadores del INAH, muchos de ellos sorprendentes por sus sujetos de estudio, objetivos y descubrimientos. Auténtica miscelánea de visiones y tópicos, alimentada por los propios académicos desde su primer entrega, *Diario de Campo* ya forma parte de la genealogía editorial a la que pertenecen publicaciones como los Anales del Museo Nacional de Arqueología e Historia.

Haciendo a un lado el subtítulo que acota al terreno de la antropología su factura y lectores ideales, tanto sus autores como sus destinatarios finales se encuentran lo mismo en espacios que abordan la investigación histórica, talleres de conservación y restauración o áreas de docencia y difusión. Las escuelas del INAH, lo mismo que universidades, museos y bibliotecas, son parte de sus espacios naturales.

No obstante su condición de bitácora institucional, o quizá por ello, *Diario de Campo* ha ido creciendo paulatinamente. Sin perder agilidad y contando con una característica excepcional en las publicaciones periódicas —particularmente

entre las especializadas en antropología, historia, restauración y protección del patrimonio cultural— ha evolucionado, número a número, sin los dolores de las revoluciones íntimas o las truculencias de las capillas.

Probablemente en su propósito noticioso se encuentre el secreto de su frescura: *Diario de Campo* nos provee oportunamente de notas bibliográficas, adelantos de investigación, reseñas de libros y colecciones, ensayos con propuestas, hipótesis y líneas de estudio, y nos convoca a foros académicos, seminarios, diplomados, conferencias, ciclos de cine o visitas guiadas por especialistas a los museos.

Recordemos también que sus infolios y suplementos constituyen por sí mismos publicaciones autónomas: por esta vía, *Diario de Campo* proporciona semblanzas biográficas, índices de archivos, monografías que prometen publicaciones más extensas; ensayos antropológicos e historiográficos que despliegan o anuncian el debate, interpretaciones, opiniones y puntos de vista sobre asuntos de interés político y social en el territorio —siempre vigente— de los «grandes problemas nacionales».

Es necesario recordar que los editores del *Diario* nunca han desdeñado textos sobre realidades no mexicanas —aunque no demasiado distantes—, ni han escamoteado la publicación de manifiestos o aclaraciones de principio; de dictámenes y documentos de valor jurídico sobre la investigación y preservación del patrimonio cultural tangible e intangible, dentro del abanico cronológico que exigen las demarcaciones de la antropología y la historia, es decir, una ruta temporal que va de la antigüedad más remota hasta las expresiones más contemporáneas. Precisamente en su calidad de revista de la vida institucional, *Diario de Campo* no ha sido indiferente al infortunio. Testigo de la ronda de las generaciones, en sus páginas han vibrado lo mismo el bullicio de la vida académica que las notas fúnebres.

Diario de Campo es, en suma, registro del pulso vital de nuestro trabajo académico, caja de resonancia de pasiones intelectuales y de procesos propios de la investigación dentro de nuestro Instituto. Celebremos, pues, un aniversario más de esta revista, universo de múltiples galerías del conocimiento humano sobre lo humano.

Sergio Raúl Arroyo García